

The Commanding Heights, o los sectores clave de la economía

CUANDO LENIN ACUÑÓ EN 1922 EL TÉRMINO ‘THE COMMANDING HEIGHTS’ PARA REFERIRSE A LOS SECTORES CLAVE DE CUALQUIER ECONOMÍA, A LAS INDUSTRIAS ESTRATÉGICAS CLAVE, NO PODÍA IMAGINAR QUE EL MUNDO SEGUIRÍA DEBATIENDO CONTINUAMENTE SOBRE ELLOS CASI PASADO UN SIGLO.

IGNACIO FERRERO

En su exposición de las directrices de la llamada *New Economy Policy* (NEP), que se celebró en Moscú en 1992, Lenin proponía una reforma económica que abría la puerta a la mano privada en algunos sectores de la economía soviética, necesitada de ciertos cambios después del colapso al que le llevó la guerra civil rusa (1917-1922). Lenin argumentaba que, para la construcción de la Unión Soviética, bastaba con mantener el control estatal de los *commanding heights*: electricidad, telefonía, gasóleo, carbón, acero, trenes, aviones, industria pesada y sector financiero. Controlando esto, bien se podía dejar al sector privado el comercio y la agricultura u otras actividades colaterales, sin temer que el Estado perdiera el mando de la economía y de la sociedad entera. Los sectores clave eran los que realmente hacían funcionar a la economía.

The commanding heights se convirtieron así en el objetivo de sucesivos líderes revolucionarios para hacer efectiva su revo-

lución. Si el sistema a implantar era el socialismo o el comunismo, el camino era la nacionalización de estos sectores; si lo que se buscaba era el libre mercado, la privatización de los *commanding heights* era un paso necesario.

El espectro político es el resultado de distintas combinaciones entre dos grandes ideas: la convicción de que la eficacia del sistema económico descansa en la fuerza del mercado o, por el contrario, en la capacidad del Estado. La economía de mercado confía en la asignación eficiente de los recursos por parte de los ciudadanos, siempre y cuando cuenten con un sistema libre de fijación de precios que transmita la información necesaria para tomar decisiones eficientes, y con un marco jurídico suficientemente estable que garantice el derecho de propiedad privada y los intercambios voluntarios. La economía estatal o planificada descansa en el convencimiento de que el Estado es la única institución que puede dirigir eficazmente la economía.

La economía de mercado, o mal llamada “capitalista”, tiene como mentores principalmente a Adam Smith, Friedrich von Hayek

y Milton Friedman; y la economía dirigida o planificada tiene como gran arquitecto intelectual a John Maynard Keynes, y una larga lista de seguidores.

Durante más de un siglo el mundo ha podido presenciar “la batalla de las ideas”, la continua lucha entre el poder del gobierno y las fuerzas del mercado, cada uno intentando reinventar el orden económico mundial. Esta batalla ha dado lugar a la génesis de Estados totalitarios –emblemáticamente representado por la URSS, pero continuado por otros países como China, Corea del Norte, Cuba, y los países de América del Sur por épocas, etc.–; Estados fascistas –Alemania, Italia–; y países que predominantemente han promulgado las tesis del mercado libre –Estados Unidos, Canadá, Australia, Reino Unido–, todos ellos intentando hacerse con el control de los *commanding heights*.

La historia de cómo estas ideas se plasmaron en sistemas políticos y económicos está magníficamente tratada en el libro *The Commanding Heights* que en 1998 publicaron Yergin y Stanislaw, al que siguió un no menos magnífico documental grabado por PBS en 2002. Aunque el libro toma como ejemplo la historia del Reino Unido, casualmente tierra de sus artífices intelectuales, Adam Smith y John Maynard Keynes, sus tesis se pueden aplicar, en líneas generales, a la economía mundial.

En síntesis, esta historia es la siguiente: la magnitud y la cercanía de las dos grandes Guerras Mundiales acabaron con la prosperidad económica de la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX; así como con el optimismo y confianza en que las fuerzas del mercado –la mano invisible– po-

Lenin argumentaba que, para la construcción de la URSS, bastaba con mantener el control estatal de los ‘commanding heights’



LA ECONOMÍA DE MERCADO CONFÍA EN LA ASIGNACIÓN EFICIENTE DE LOS RECURSOS POR PARTE DE LOS CIUDADANOS. LA ECONOMÍA ESTATAL O PLANIFICADA DESCANSA EN EL CONVENCIMIENTO DE QUE EL ESTADO ES LA ÚNICA INSTITUCIÓN QUE PUEDE DIRIGIR EFICAZMENTE LA ECONOMÍA.

dían regular eficazmente la economía. Se pasó de una economía globalizada, con pocos o ningún límite al intercambio de bienes, personas e información, y un enorme desarrollo tecnológico, gracias a los cuales el comercio mundial creció a una increíble tasa del 33%, a una situación en la que el alto desempleo y la pobreza reinante alimentaron las demandas de la población en favor de un mayor protagonismo del Estado, con mayor cobertura social en subsidios y prestaciones sociales. Estas demandas encontraron apoyo intelectual en las tesis de Keynes, que demostraba cómo en situaciones de depresión y de ausencia de incentivos para invertir, el Estado era el único capaz de empujar la economía hasta el pleno empleo. Esto lo conseguiría por medio del gasto y la inversión pública, y financiándose gracias a subidas de impues-

tos. Así de hecho sucedió en Gran Bretaña, éxito que rápidamente generó un entusiasmo que se transmitió a los Estados Unidos, –dando lugar al *New Deal*, que impuso controles salariales y de precios–, a algunas democracias sociales de Europa continental, a países del este asiático, especialmente India, o a modelos mixtos como Japón. En países y áreas subdesarrolladas o en vías de desarrollo como América Latina, y la mayor parte de África, los líderes políticos se obsesionaron con controlar los *commanding heights* para luchar directamente contra la pobreza.

En aquellos momentos un tercio de la población mundial vivía bajo regímenes que rechazaban la idea de la propiedad privada de los medios de producción, criticando la economía del mercado como inestable, injusta

e inefectiva. Parecía que los hechos apoyaban las ideas de Keynes.

.....
Durante más de un siglo el mundo ha podido presenciar “la batalla de las ideas”, la continua lucha entre el poder del gobierno y las fuerzas del mercado, cada uno intentando reinventar el orden económico mundial

Pero de repente todo cambió: la economía planificada parecía incapaz de conducir eficazmente la economía, provocando altas y continuadas inflaciones, elevados niveles de desempleo y recesión; a su vez, los altos precios del petróleo incrementaron los costes de producción... Todo esto llevó a la estanflación de los años 70 –inflación y desempleo simultáneamente–, y a un extendido malestar social. Esta situación dejó el camino expedito para que las tesis que Hayek llevaba tiempo proclamando y, desde una óptica algo distinta Friedman defendiera, se impusieran, encontrando eco político en Ronald Reagan en los Estados Unidos y en Margaret Thatcher en Reino Unido –de la mano de Keith Joseph–.

El problema es que el camino de vuelta hacia la libertad, retrayendo la presencia del Estado en la economía, es muy doloroso y esforzado, porque allí donde el aparato estatal pone un pie es muy difícil que lo retire. Un claro ejemplo es el proceso de descomposición de la Unión Soviética. Aunque costosa, la implosión del imperio soviético en los 90 terminó por desacreditar definitivamente al estatismo. Por otra parte, la eficacia de la desnacionalización en Gran Bretaña y de la desregulación en los Estados Unidos volvió a lanzar a las economías mundiales en brazos del libre mercado, con-

virtiéndose en la nueva ideología dominante y revirtiendo el clima intelectual.

El final del siglo XX presenció la consolidación de este nuevo consenso, al menos en el plano teórico, dando la victoria a los mercados, imponiendo bajos niveles de gasto público y de impuestos, limitando la deuda pública, recortando la intervención directa del gobierno, luchando enérgicamente contra la inflación, etc. Parece que por fin cuajó la idea de que los mercados también pueden trabajar en el interés público. Pero antes de terminar la primera

El camino de vuelta hacia la libertad, retrayendo la presencia del Estado en la economía, es muy doloroso y esforzado, porque allí donde el aparato estatal pone un pie es muy difícil que lo retire

década del siglo XXI, la economía mundial ha vuelto a ser golpeada por otra crisis de extensión mundial, en la que se han hecho presentes altos niveles de desempleo; niveles de deuda pública y privada intolerables, estancamiento económico, si no recesión, y persistencia de desigualdades económicas a nivel global y dentro de los países.

Todavía estamos muy cerca de esta reciente crisis para saber si no provocará otra vuelta a las tesis keynesianas, quizá bajo un envoltorio distinto. La batalla de las ideas no está librada del todo ●

REFERENCIAS Diamond, Jared (1997), *Guns, Germs and Steel: The Fates of Human Societies*, Norton & CO, Nueva York; Landes, David S. (1998), *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor*, Norton & CO, Nueva York; Yergin, Daniel y Stanislaw, Joseph (1998), *The Commanding Heights*, Simon and Schuster, Nueva York.

Palabra, compromiso y política

¿CUÁNTO VALE LA PALABRA? ¿QUÉ VALOR TIENE LA PALABRA DADA: LA PROMESA, EL COMPROMISO, LA CONFIANZA DEPOSITADA? ¿SE PUEDE TASAR? LO CIERTO ES QUE DAR Y MANTENER LA PALABRA DADA ES POSIBLEMENTE EL VÍNCULO DE COHESIÓN MÁS FUERTE DE CUALQUIER TIPO DE RELACIÓN INTERPERSONAL Y DE CUALQUIER COMUNIDAD.

MONTSERRAT HERRERO

La palabra dada tiene un valor incalculable, como todo aquello que no se compra ni se vende. Es, además, algo inevitable: el ser humano tiene necesidad de prometer y de comprometerse. Somos temporales. Nuestra existencia se mueve en las coordenadas de pasado, presente y futuro. Las acciones que realizamos en presente, nos aseguran o nos impiden un porvenir. Para vivir con una

Hay cosas que no queremos que se diluyan o desaparezcan, porque su modo de ser es el para siempre

cierta estabilidad necesitamos comprometer nuestra voluntad en el largo plazo. Y eso sólo podemos hacerlo dando lo más íntimo que tenemos, que es nuestra palabra. Nuestra palabra somos nosotros mismos, y no algo exterior. Una persona que no tiene palabra carece de identidad. Pero además, en esa forma de asegurar el futuro que es el compromiso se entrevé un deseo de lo imperecedero. Hay cosas que no queremos que se diluyan o desaparezcan, porque su modo de ser es

el “para siempre”. Así es por ejemplo un amor verdadero, sea a una persona, a la familia, a la patria o a Dios. De esas relaciones surgen siempre los compromisos más fuertes y las promesas inviolables.

Es patente, también, que la veracidad y la lealtad están en la base de todas las sociedades. Hay un texto de Nietzsche que todo el mundo debería leer: *Sobre la verdad y la mentira en sentido extra-moral*. En él plantea el caso extremo contrario: todos los hombres

tienen una innata inclinación al engaño. Esta inclinación genera una situación de gran desconfianza en la que tiene lugar una lucha a muerte. La única forma de salir de esa barbarie es construir artificialmente algo así como la verdad. De ahí que Nietzsche proponga la creación de un pacto en el que se lleguen a determinar significados unívocos para las palabras de modo que pueda haber acuerdos. Una vez firmado el pacto, todos los hombres deben tomar la determinación de respetar las significaciones válidas si quieren vivir en paz. Nietzsche coloca la mentira en el origen de la veracidad, pero, en cualquier caso, necesita del respeto a la verdad y a la veracidad para construir la sociedad. Ninguna sociedad puede subsistir sobre la base de la mentira y el engaño, es decir, sobre la devaluación de la palabra.



LAS INSTITUCIONES JURÍDICAS SECUNDAN EL FUNDAMENTO ANTROPOLÓGICO-POLÍTICO DE QUE LOS JURAMENTOS Y LA FIDELIDAD A ELLOS ESTÁN EN LA BASE DE TODO ORDEN SOCIAL.

Las instituciones jurídicas no hacen más que secundar este fundamento antropológico-político: los juramentos y la fidelidad a ellos están en la base de todo orden social. Paolo Prodi, en su libro *El sacramento del poder: el juramento político en la historia constitucional de occidente*, del cual el más reciente libro de Giorgio Agamben, *Il sacramento del potere*, no es más que un ligero resumen, repasa las diferentes formas que ha ido adquiriendo con el paso del tiempo esta institución jurídica. Efectivamente el juramento (*iusiurandum*) tuvo una importancia enorme en los derechos de la Antigüedad y, por supuesto, entre los juristas romanos. El propio término *Ius*, al que se opone la *iniuria*, parece guardar relación con el juramento y, probablemente, con *Iovis* (Júpiter), el dios invocado en el juramento

para castigar el perjurio. La jurisprudencia elaboró a partir de ahí el concepto de *fides* o lealtad a la palabra dada, que tuvo una importancia decisiva en la formación del Derecho Romano y, en particular, del Derecho de Gentes (*Ius Gentium*), precedente del Derecho internacional.

Pero no sólo en Roma la palabra era relevante. John Locke, por ejemplo, un moderno, en la *Primera Carta sobre la Tolerancia* dice lo siguiente, argumentando la imposibilidad de tolerar a los ateos: “No deben ser tolerados de ninguna forma quienes niegan la existencia de Dios. Las promesas, convenios y juramentos, que son los lazos de la sociedad humana, no pueden tener poder sobre un ateo. Pues eliminar a Dios, aunque sólo sea en el pensamiento, lo disuelve todo (también las pro-

.....
Ninguna sociedad puede subsistir sobre la base de la mentira y el engaño, es decir, sobre la devaluación de la palabra

mesas)”. Efectivamente, como dice Locke, la palabra dada tiene un carácter sagrado desde el momento en que se pone como testigo de esa palabra a quien tiene poder sobre el orden del mundo y del lenguaje. No respetar un juramento implicaba, tanto en el mundo antiguo como en el moderno, autodestruirse. Sin embargo, la postmodernidad filosófica, que ha tenido muy en cuenta el giro lingüístico, ha acabado incluso con la presunción nietzscheana del respeto al lenguaje: muerto Dios, solo nos queda el orden del lenguaje para orientarnos.

En la contemporaneidad filosófica la palabra se puede violentar. Como si no tuviera entidad alguna. Ni la realidad de las cosas puede ser un límite a mis enunciados, ni yo estoy sometido a mi propia palabra, dirá cierta nueva filosofía en su alarde libertario. En el contexto postmoderno nos movemos en lo que, a partir de Wittgenstein, entendemos como juegos lingüísticos. Las palabras y las proposiciones no están dotadas de algún significado independiente de nosotros y de las situaciones lingüísticas en las que nos encontramos. Si deseamos comprender su significado hay que examinar la circunstancia que lo dotó. Es decir, hay que determinar cómo se usa esa palabra. Lo que ha de aceptarse son formas de vida plurales que generan significados no unificables. Por su parte, ahondando en este giro, Michel Foucault rechaza la idea de que exista un sujeto fundador del discurso que lo trascienda, o la idea de que en la base de la experiencia existan significaciones preexistentes, que sí sean neutrales o reales. Todo discurso es una violencia que aplicamos a las cosas.

Es preciso atenerse a la verdad de las cosas, pero no a la de esas cosas sobre las que nadie puede saber la verdad en toda su profundidad, porque son un misterio y es difícil tener una palabra definitiva sobre ellas

En una sociedad utilitaria sin duda la confianza se ha hecho difícil. Para dar la palabra hace falta una específica fortaleza de la propia voluntad que se fija en una cuestión y mantiene su palabra, independientemente de lo que pase alrededor

Mis palabras no han de adaptarse a nada, ni a mí mismo. Son pura voluntad de poder. Este es el nuevo contexto. Si digo que no hay crisis, no hay crisis aquí y ahora... Al menos por el tiempo que dure mi legislatura. ¿Era o no verdad que había crisis? Da igual si yo conseguí ganar las elecciones y estar otros cuantos años en el poder. Así funciona para muchos la actual estructura del lenguaje, como pura voluntad de poder. La teoría discursiva de Ernesto Laclau, fundamento filosófico político de los nuevos movimientos populistas en nuestro país y también en otros, es un magnífico ejemplo de esta práctica.

Pero entonces pasa lo que vemos: corrupción, disolución, desconfianza, enemistad, lucha. ¿Cómo salir de esta situación? ¿Cómo se puede recuperar el valor de la palabra?

En el ámbito personal me parece que es sencillo: se trata de no mentir nunca. A nivel institucional está claro que la falta de veracidad es un delito y debería ser castigado. No sólo en la política, sino en la práctica de los medios de comunicación: la difamación está a la orden del día. Es preciso atenerse a la verdad de las cosas, pero no a la de esas cosas sobre las que nadie puede saber la verdad en toda su profundidad, porque son un misterio y es difícil tener una palabra definitiva sobre ellas. Justamente son las cuestiones a las que dedica su empeño la filosofía: el sentido del hombre y del mundo, la felicidad y cosas de altos vuelos reflexivos donde, generalmente, cabe interpretar y tener muchas versiones. Es, sin embargo, bastante fácil ser veraz en cuestiones elementales. Como señala Benedicto XVI en *Jesús de Nazaret*, Poncio Pilato sabía que Cristo no era un delincuente, pero se entretuvo en reflexiones

sobre la dificultad de hallar la esencia de la verdad. Le hubiera bastado con pensar en lo primero, y eso lo sabía.

Ahora bien, ¿ser veraz en política implica cumplir siempre las promesas que se hacen en los programas? Yo creo que una cosa es la veracidad y otra cosa las promesas. Desde mi punto de vista lo que es delito es la mentira. Hizo mal Suárez en introducir el discurso de las promesas en política. Toda acción humana, y particularmente la acción política, siempre tiene que decidir en presente y sólo puede prometer aquello que compromete a su propia voluntad con seguridad en el futuro. Por eso a la hora de prometer hay que ser prudente y darse cuenta de que las circunstancias que rodean a una buena intención pueden modificar en gran medida la decisión que se lleva a cabo finalmente. En el caso del político en democracia la decisión no sólo depende de su voluntad, sino de la voluntad popular, del estado de opinión, del estado de las cuestiones en un momento determinado, del coste de oportunidad... No puede llevar al colapso a un país sólo por cumplir una promesa, que hizo cuando no tenía noticia de ninguna de esas circunstancias. No digo que los políticos no deban cumplir las promesas, sino que no deben hacerlas. Lo que sí deben hacer siempre es cumplir la ley.

Los discursos políticos contemporáneos están sometidos al régimen lingüístico postmoderno. Pretenden crear una realidad nueva a través del discurso y hacer creer a la gente que esa realidad llegará junto con su ascenso al poder. Pero después se encuentran con la dureza de la realidad de las

cosas en un determinado momento, y no pueden forzarlas.

La política democrática contemporánea se halla en un equilibrio inestable entre discurso y decisión política. Desde mi punto de vista, la política debería apostar más por la honradez y la integridad del político que genera confianza, y no tanto por asegurar las promesas de los discursos. Promesas, en la vida, pocas y firmes. Mucha veracidad, sin embargo. Regenerar éticamente la sociedad es necesario para tener buenos políticos, pero no según una ética del placer y la utilidad, sino según la vieja ética socrática que el sabio griego exhibe en el *Gorgias*: “Es mejor sufrir la injusticia que cometerla”. Sí, porque el que la comete se hace malo, es decir, se pierde a sí mismo, y eso es lo peor. Hasta que cada uno no esté convencido de esto, no esperemos tener buenos políticos, ¿de dónde saldrían?

En una sociedad utilitaria, sin duda la confianza se ha hecho difícil. Para dar la palabra hace falta una específica fortaleza de la propia voluntad que se fija en una cuestión y mantiene su palabra, independientemente de lo que pase alrededor. Para eso hay que ser muy fuerte, porque hay que hacerse vulnerable al engaño del otro, lo cual supone la mayor fortaleza que existe.

Nuestra sociedad es líquida, como dice Baumann, porque, en parte, ha perdido ese punto de vista. ¿Cómo es posible vivir en este laberinto? Pues, al menos, teniendo claro lo que uno quiere y debe hacer. Aunque le puedan engañar, uno no se pierde a sí mismo. El problema es perderse a sí mismo en toda esa maraña ●